

ALGUNAS CONSIDERACIONES SOBRE LA VIOLENCIA Y LA CULTURA EN LAS INSTITUCIONES EDUCATIVAS

Mg. Wilson Muñoz Galindo*

RESUMEN

La violencia en lo recorrido de la historia humana ha sido una constante en la forma de resolver los conflictos que se presentan entre las personas y los colectivos sociales. En ella y de ella se derivan las situaciones más inhumanas y absurdas que pueda tener conocimiento alguno. El caso particular de Colombia es tristemente aleccionador al respecto. Desde su formación como República ha estado signada por múltiples conflictos regionales y nacionales naturalizando de alguna forma la presencia de actores armados de distinto signo en su desenvolvimiento cotidiano. Todo esto ha llevado a numerosos investigadores a diagnosticar que la violencia endémica que padecemos como sociedad, si bien no es equiparable a un tipo de “cultura violenta”, si representa una línea continua en nuestro devenir histórico, al punto, que se propone hablar de guerra contra la sociedad, donde la principal víctima sería siempre la población civil.

Los educadores somos protagonistas esenciales en el proceso de generación de conocimientos de las nuevas generaciones. Es necesario repensarnos para mirar la tarea compleja que nos corresponde como trabajadores de la sociedad y la cultura, que de una parte nos exige transformar las bases de la sociedad en un contexto donde impera la incertidumbre más la desigualdad, y en otro sentido, nos avoca a enfrentar las presiones propias de un mundo acelerado y globalizado,

ABSTRACT

The violence in the course of human history has been a constant in the way of solving conflicts that arise between individuals and social groups; inside of it and from it the most inhumane and absurd situations that can be known arise. The particular case of Colombia is sadly instructive in this regard.

Since its formation as Republic it has been marked by multiple regional and national conflicts and somehow naturalizing the presence of armed groups of different movements in its people's daily performance. All of this has led many researchers to diagnose the endemic violence that we suffer as a society, to a kind of “culture of violence”, if it represents a line in our history, to the point in which it is proposed to speak of war against society, where the main victim would always be the civilians.

Educators are key players in the knowledge generation process for new generations. It is necessary to take a look at the complex task we have as workers of society and culture, which on the one hand requires us to transform the foundations of society in a context where uncertainty prevails over inequality, and in another sense, takes us to face the proper pressures of a fast paced and globalized world, technologically developed, compared to the slowness of the social processes in which we live every day.

Palabras Claves

Violencia, Colombia, Guerra contra la Sociedad, Educadores, Cultura.

Key Words

Violence, Colombia, War on Society, Educators, Culture.

*Área de Socio Humanística,
Corporación Unificada
Nacional de Educación
Superior CUN

INTRODUCCIÓN

La violencia en lo recorrido de la historia humana ha sido una constante en la forma de resolver los conflictos que se presentan entre las personas y los colectivos sociales. En ella y de ella se derivan las situaciones más inhumanas y absurdas que pueda tener conocimiento alguno. El caso particular de Colombia es tristemente aleccionador al respecto, el número de muertes violentas oscila entre 15000 y 27.000 en promedio al año durante las últimas dos décadas, lo cual ha llevado a muchos autores a referirse frente las expresiones de violencia como una situación endémica permanente aduciendo la constante histórica de ver siempre en el paisaje colombiano grupos armados (expresión acuñada por el historiador inglés Eric Hobsbawm) que intimidan a la población. (Sánchez, 1982). Desde su formación como República ha estado signada por múltiples conflictos regionales y nacionales en las guerras civiles del Siglo XIX, la de los Mil Días a inicios del XX, la época de La Violencia en los años cincuenta del mismo siglo, la violencia revolucionaria desde los años 60's, las guerras del narcotráfico de los ochentas, la guerra sucia contra la Unión Patriótica y la multiplicidad de violencias que complejizan este difícil entramado desde los años noventa hasta la actualidad, naturalizando de alguna forma la presencia de actores armados de distinto signo en su desenvolvimiento cotidiano. Todo esto ha llevado a numerosos investigadores a diagnosticar que la violencia endémica que padecemos como sociedad, si bien no es equiparable a un tipo de "cultura violenta", si representa una línea continua en nuestro devenir histórico, al punto, que se propone hablar de guerra contra la sociedad (Pecaut, 2001), (Sánchez G. , 1991) donde la principal víctima sería siempre la población civil.

En esta misma línea argumentativa, hay que decir que si bien todas las formas de violencia degradan al individuo escindiéndolo en distintas subjetividades que dificulta cualquier tipo de comunicación con los otros (Pecaut, Configuraciones del espacio, el tiempo y la subjetividad en un contexto de terror: el caso

colombiano., Enero-Diciembre. 1999), aquella que es producto del desplazamiento forzado se configura como una de las más dramáticas. "Mucho más que las del monte, las violencias que nos están matando son las de la calle [...]. Los colombianos se matan más por razones de la calidad de vida y de sus relaciones sociales que por lograr el acceso al control del Estado" y una más reciente discusión sobre el carácter de nuestra violencia dada su complejidad en las causas y consecuencias para los más directos afectados: las víctimas (Pizarro, 2004). Estas no participan directamente de la confrontación armada pero se ven obligados a abandonar su entorno, los medios de subsistencia, los referentes de su vida y a emigrar a otro lugar desconocido, no escogido y por ende no deseado. El desplazamiento forzado es además de un crimen de lesa humanidad, un fenómeno de compleja y sistemática violación de todos los derechos humanos, como podrá ser analizado más adelante.

Por consiguiente las personas (adultas-mujeres en su mayoría, ancianos, niños y niñas) que sufren procesos de desplazamiento generan en su interior toda una serie de problemas emocionales producto de la amenaza, la inseguridad, la pérdida de sus seres queridos, el despojo, la angustia permanente, el vacío y duelo por el abandono y el desarraigo que finalmente conlleva a la pérdida de la identidad y al sin sentido de pertenencia. Más allá del frío debate sobre las cifras, hay que empezar por reconocer la tragedia humanitaria. La consultoría para los derechos humanos y el desplazamiento (CODHES) y la Conferencia Episcopal de la iglesia católica insisten que esa cifra supera los 3.8 millones de personas. Por su parte, Acción Social, Agencia gubernamental que atiende población desplazada, estima que el número de desplazados es de casi 1.9 millones. Son estas nuevas realidades las que los sujetos viven en un ambiente desesperanzador y hostil; pero, también en muchas otras personas y comunidades han significado la oportunidad de gestar nuevos procesos y proyectos de vida, de lucha y si se quiere de resistencia a los violentos.

Colombia ocupa actualmente el segundo lugar

¹Cifras que contrastadas con las de la década anterior superan todos los análisis y proyecciones realizadas. Para el año de 1991 según el padre jesuita Javier Sanin: los desplazados de la violencia llegan aproximadamente a una cifra de 950.000, cifra que supera los 800.000 desplazados de la guerra de América Central entre los años de 1981 a 1991.

²También conocida como la ley de justicia y paz.

³La ley de víctimas.

⁴Sentencia T-025 de 2004. Por la cual se declara la situación de los desplazados en el país como un "estado de cosas inconstitucional" y se imparten órdenes específicas para la protección de los derechos de los desplazados y se fijan plazos breves para que se remedie la vulneración de sus derechos fundamentales.

*Sentencia 1150/2000. "el gasto en el cuidado a los desplazados debe ser considerado, inclusive, como más perentorio que el gasto público social, al cual el artículo 350 de la carta política le asignó prioridad sobre los demás".

⁵Consúltese al respecto la Sentencia T- 215 de 2002, donde se diagnóstica el nefasto efecto del desplazamiento forzado sobre los proyectos de vida de la población en situación de desplazamiento, particularmente de los niños y niñas en edad escolar, que tienen que abandonar sus estudios, volcando las más de las veces sus perspectivas en un futuro laboral incierto

⁶En relación con esta problemática véase el texto del Ministerio de Educación Nacional, Lineamientos de política para la atención educativa a poblaciones vulnerables, Bogotá, Julio de 2005. Allí se trabaja el tema de la vulnerabilidad como "un fenómeno que deteriora el bienestar y la calidad de vida de las personas y que retrasa el desarrollo de los pueblos".

en desplazamiento en el mundo, luego de Sudán. Bogotá (Distrito Capital) es el primer municipio receptor con aproximadamente 250 mil personas¹ anuales. Es decir, se calculan que a la capital llegan 1240 personas aproximadamente cada día, constituyendo una situación alarmante de incalculables consecuencias en la vida de la ciudad.

A pesar del espíritu de la Constitución que propende hacia la instauración de un Estado Social de Derecho que busca la realización efectiva de la justicia social (sentencia T-406 de 1992-ley 387 de 1997-ley 975 de 2005² y finalmente la ley 1448³ de 2011), la misma Corte Constitucional ha debido declarar que el desplazamiento forzado en Colombia, más allá de una emergencia humanitaria, es un estado de cosas inconstitucional⁴. Ello es así porque a la población desplazada se le vulneran los derechos humanos más esenciales, pero además porque ante la magnitud y profundidad del problema, la Corte ha encontrado una ineficacia total de las políticas públicas para la atención de las víctimas que se han venido acumulando en el último cuarto de siglo, sin que le hayan restituido sus derechos (auto 008 de 2009), prolongándose en el tiempo los efectos para esta población de la destrucción de su identidad, de su condición de sujeto pleno de derechos y del goce de su ciudadanía⁵.

El desplazamiento forzado en nuestro país ha sido estudiado desde diferentes ángulos: en el orden social, económico, político, familiar y psicológico. Se han analizado causas y consecuencias en diversos ámbitos, locales, regionales y nacionales. Pero aún existen vacíos investigativos en el papel de la educación - la escuela básica, media y superior - y su misión pedagógica frente a las niñas y los niños, las y los jóvenes que acceden al sistema educativo en condición de víctimas de la guerra en los centros educativos⁶.

NUESTRO PAPEL: LOS EDUCADORES

"Puede decirse que nuestro problema no consiste

solamente ni principalmente en que seamos capaces de conquistar lo que nos proponemos, sino en aquello que nos proponemos; que nuestra desgracia no está tanto en la frustración de nuestros deseos, como en la forma misma de desear. Deseamos mal. En lugar de desear una relación humana inquietante, compleja y perdible, que estimule nuestra capacidad de luchar nos obligue a cambiar, deseamos un idilio sin sombras y sin peligros, un nido de amor por lo tanto, en última instancia un retorno al huevo. (Zuleta, 1986)"

Los educadores somos protagonistas esenciales en el proceso de generación de conocimientos de las nuevas generaciones. En nuestra actividad cotidiana confluyen los diferentes saberes que circulan en las comunidades educativas, dando lugar a los nuevos conocimientos y por tanto a los necesarios para que la sociedad se reproduzca o se transforme. Aunque esta sea la determinación fundamental del nuestro papel que implica nuestras creencias, valores, actuaciones, formas de sentir, pensar y vivir, también lo es la concepción de sociedad presente en nuestro quehacer como premisa fundamental para poder determinarla.

En este orden, es necesario una vez más repensarnos para mirar la tarea compleja que nos corresponde como trabajadores de la sociedad y la cultura, que de una parte nos exige transformar las bases de la sociedad en un contexto donde impera la incertidumbre más la desigualdad, y en otro sentido, nos avoca a enfrentar las presiones propias de un mundo acelerado y globalizado, tecnológicamente desarrollado frente a la lentitud de los procesos sociales en los que vivimos diariamente.

Así las cosas, ¿Cuál es la tarea que nos compete? "La tarea del profesor en la enseñanza educativa debe incluir el propósito claro e irrenunciable de provocar el aprendizaje relevante, es decir, facilitar y provocar la reconstrucción de los esquemas intuitivos de pensamiento, sentimiento y conducta de cada individuo. (Perez, 1998)

Sobre este interrogante y sin olvidar nuestra función de trabajadores de la cultura y el

papel político que tenemos en la sociedad, la respuesta trasciende las múltiples dimensiones del desarrollo humano: productiva, ética, social, afectiva, trascendental y política. Podemos ser, dicen algunos, los principales responsables del fracaso escolar y en consecuencia de todos los problemas de la educación y la sociedad, o quizás, como dirían otros, los depositarios de la confianza de un futuro esperanzador y positivo para todos y todas. La cosa es que ambas situaciones no son viables sino se logra contar con la estimulación en las nuevas generaciones del deseo por aprender, todo aquello que considere relevante para sí mismo y los demás que ocupan su entorno. Si no logramos que los niños y las niñas, los y las jóvenes aprendan, las miradas de diversos sectores sociales comienzan a girar sobre nuestro quehacer aumentando considerablemente las tensiones diarias.

Ahora bien, teóricamente las maestras y maestros nos apoyamos en las diversas fuentes y concepciones que la pedagogía brinda para orientar nuestras prácticas. Somos parte y producto de ellas y por ende en su revisión encontraríamos parte de las respuestas sobre nuestro papel en la sociedad. En este sentido la gran mayoría de nosotros⁷, trabajamos en tres perspectivas básicas: en primer lugar, un fuerte grupo de maestros encuentra en la formulación de guías el centro de las actividades pedagógicas. La gran cantidad de material impreso que circula en las manos de los estudiantes da fe de ello, además del cúmulo de actividades académicas referenciadas en la consulta. Ello dispone en coherencia las relaciones entre educadores-estudiantes y viceversa. Los primeros, revisamos, decimos que se encuentra bien o mal para “calificar” y los segundos se remiten a llenar de contenido las preguntas que con antelación hemos formulado. Preguntas que sin ser pesimista ni escéptico, y dada la inmediatez con que realizamos nuestra labor, no corresponden a los intereses de nuestros estudiantes pues se ubican fuera del contexto y de las necesidades de la comunidad educativa generando entre muchas consecuencias aquellas referidas a formas marcadas de autoritarismo.

En segundo lugar, un grupo de maestros y

maestras dedicados al activismo pedagógico; el quehacer en el aula está marcado por un sinnúmero de ejercicios, trabajos individuales y en grupo, exposiciones y notas al cuaderno que intentan aproximarse a las orientaciones que desde las direcciones de programas se plantean. Con mayores o menores argumentos, desde cada uno de los campos de pensamiento, este grupo se aproxima al cambio de ciertas prácticas y por ende a las formas de relacionarse con los estudiantes. Aquí existe un mayor diálogo y aparentemente una mayor horizontalidad en la forma de interactuar tanto al interior del aula como fuera de ella⁸.

En tercer lugar, aunque con menor relevancia y protagonismo podríamos encontrar educadores que asumen una actitud completamente pasiva y conforme a las dinámicas institucionales. Acomodados a las exigencias pero no asumen el mínimo compromiso con las causas que intentan ser colectivas. Es característico el individualismo y el aislacionismo como patrón de comportamiento. Las noticias que se difunden sobre la actividad pedagógica son contadas por los y las estudiantes, pues no existe el mínimo grado de confianza entre todos y todas para saber de las creencias, valores y posturas frente al mundo. No se observa en este sentido indicios de trabajo en equipo; incluso, podría afirmarse, sin mayores explicaciones la existencia de dos o más lenguajes que fácilmente se expresan en la doble moralidad y en consecuencia en el aumento de la desconfianza.

Si bien es cierto, que la cultura académica está impregnada por incertidumbres históricas, nuestras y ajenas de la vida, de la inseguridad social y peor aún de la insatisfacción propia de una frustración individual-colectiva rutinaria y poderosa que nos lleva a los límites de lo humano, tan bien es verdadero, que la reflexión permanente sobre estas consideraciones nos conduce inevitablemente a reconocernos en la adversidad, a permitimos a la posibilidad de imaginar una sociedad que incluya y no margine la voluntad y el deseo de construirnos desde el debate intelectual, diverso, propio a lo multicultural y pluriétnico de nuestra escuela: niñas, niños, jóvenes, víctimas del

⁷ Hago referencia a los maestros y maestras que pertenecemos al sistema educativo nacional en todos los niveles teniendo en cuenta que somos producto de las facultades de educación de la ciudad con una marcada postura en el conocimiento disciplinar que no es otra diferente al del modelo pedagógico instruccional que se desarrolló con más fuerza en los años setenta en nuestro país.

⁸ Me refiero a las relaciones que se observan en espacios distintos al aula y que dependen básicamente de los proyectos que desarrollan maestros y grupos de maestros derivados en parte de los trabajos de maestrías.

desplazamiento forzado provenientes de diversas regiones del país como también los hijos de los victimarios, combatientes desmovilizados; afro-descendientes, en condición igual a los anteriores; niños y niñas hijos de habitantes de la calle, recicladores, desempleados y trabajadores informales -“del rebusque” según analistas académicos. Estudiantes que en su mayoría han sido regañados y maltratados de diversas formas al punto de considerar los espacios académicos como espacios de socialización y no de otra índole; un espacio vital donde emociones y sentimientos son lo importante, porque allí nadie los agrede ni los margina. Al contrario, todo lo que sucede en el sistema los incluye, los dignifica, los hace mejores seres humanos.

La posición de maestras y maestros no puede ser otra que la del profesional docente al servicio de la transformación de la sociedad con las nuevas generaciones. Es desde la consideración política nuestra que ejercemos el quehacer pedagógico; en palabras de Gramsci⁹, es en la relación teórica y práctica como elementos irreductibles uno de otro y su relación dialéctica que cumple el maestro. En otras palabras, es en la política que se impulsa y lanza desde el aula donde comienza la transformación de la sociedad... el espacio de encuentro entre ambas -teoría y práctica-, el producto de la práctica fecundada por el conocimiento encuentra su razón de ser y su verdadera dimensión en los problemas planteados por la cotidianidad que vivimos con las y los estudiantes.

Finalmente, intentar construir una experiencia pedagógica sin el concurso de los educadores y educadoras inquietas por revisar continuamente sus prácticas pedagógicas resultaría completamente absurdo. Sin su acompañamiento los referentes de adultez en el joven carecerían de valor y relevancia en los nuevos aprendizajes que se incorporan a los niños y niñas, a los y las jóvenes. Por esta razón somos los maestros los llamados a generar el encuentro y profundizar en él. No somos espectadores inanimados del proceso en la planeación, ejecución y evaluación de las actividades que se desarrollan. Al contrario, ejercemos protagonismo en la medida que lideramos los valores anteriormente

descritos al punto de interiorizar la alegría del encuentro a pesar del dolor que puedan causar la expresión de las múltiples violencias que hacen presencia en las Instituciones. Una actitud constante de alegría, persistente en la crítica de toda forma de dominación y exclusión sin duda redundará en el fortalecimiento de la identidad personal y social y por ende cultural de las comunidades educativas que hoy no conocen la paz social, económica y política que durante más de cincuenta años ha prevalecido en Colombia.

⁹ Citado por: Alcides Hurtado Bustillos. Antonio Gramsci: un legado de pasión. Fecha de publicación: 26/04/07. En <http://www.aporrea.org/ideologia/a33806.html>

BIBLIOGRAFÍA

- Pecaú, D. (2001). Guerra contra la sociedad. Bogotá: Espasa.
- Pecaú, D. (Enero-Diciembre. 1999). Configuraciones del espacio, el tiempo y la subjetividad en un contexto de terror: el caso colombiano. Revista colombiana de antropología. Volumen 35., 8-35.
- Pérez, A. (1998). La cultura escolar en las sociedades neoliberales. Morata.
- Pizarro, E. (2004). Una democracia asediada. Balance y perspectivas. Bogotá: Norma.
- Sánchez. (1982). La violencia en Colombia. Bogotá: CEREC.
- Sánchez, G. (1991). Guerra política en la sociedad colombiana. Bogotá: Ancora Editores.
- Zuleta, E. (1986). Elogio a la dificultad. Magazín Dominical. Bogotá: El espectador.